

que le ardía, y solamente le repuso en pianísimo tono agradecido:

—¡Hasta mañana!

Y la mañana que apuntaba al través de los cristales del estudio, más radiante aún que Carolina, sonreía.

IV

—«*Las chicas de este pueblo...*»—se oyó que cantaban por la escalera.

—¡Ahí está Covarrubias!—le gritó Carolina desde afuera á Salvador, que aprovechaba las últimas luces de la tarde pintando en el taller.

Covarrubias era, en efecto, quien cruzó el trecho de azotea canturreando y marcando el compás del regocijado pasacalle de «La Marcha de Cádiz». Carolina, que lentamente venía invadiendo la azotea para el ejercicio de diversos menesteres domésticos, la cocina principalmente, reducida á dos anafes, interrumpió sus guisos, y Salvador, embutido en su amplio traje de pana azul, chaqueta y pantalón holgado, de zuavo, asomó en la puerta de la vivienda, con los pinceles y la paleta en las manos todavía.

—Las noticias gratas ¡bajo techo!—declaró el novelista, luego de saludar á la pareja.—Los plácemes y agradecimientos ¡al aire libre!

Y se coló hasta el taller, seguido de Salvador y Carolina, muy acostumbrados á las humoradas de aquel amigo excelente para ellos, por mucho que no gozara de reputación de cariñoso ó jovial, ni fácilmente se entregase. Con ellos, sí; con Salvador desde un principio, desde hacia un puñado de años; y con Salvador y Carolina, desde hacia unos meses que de casados llevaban, desde que la conoció á ella. Porque conviene advertir que Covarrubias fué el más empeñado en que la boda se realizara; que fué padri-

no del matrimonio canónico y testigo del civil; que arregló dispensa de amonestaciones en la parroquia y de publicaciones en el juzgado; que consiguió de individuos amigos el adorno del templo, cantantes y músicos, asistentes y obsequiantes para los pobres novios, en aquella desapacible mañana de febrero en que se casaron muy temprano, muy lejos del centro, á las siete y en la Soledad de Santa Cruz.

—¡Mi mejor página!—como solía apellidar la doble ceremonia, en que tuvo participación tan principal y desinteresada.

Sí, por lo menos, una muy buena página, honrada y honda, escrita de primera intención y con la certidumbre de que nadie, fuera de ellos tres, sabría ni quería leerla, justamente por ser tan verdad; pues aunque los públicos, por verdad suspiren, suspiran falsamente: en cuanto con la verdad se les brinda, ó decláranla falseada ó la rechazan. Covarrubias sustentaba esta doctrina con cuatro humildes libracos suyos, que, cuando á la verdad inclináronse, apenas si los compró el público, y cuando á la verdad atropellaron, los dos primeros, pues «tampoco se los compró el público»—filosóficamente aseguraba.

¡No hay idea de los comentarios que estas segundas nupcias de Salvador Arteaga provocaron en el diminuto círculo de intelectuales militantes! ¡Hubo persona que llegó á denominarlas demencia pura, lógica y natural consecuencia del desequilibrio mental de que venía dando hartas pruebas el pintor provinciano!... Salvador, al saberlo, alzóse de hombros, resuelto cual lo estaba, á no oír más consejos ni seguir más indicaciones que los que Covarrubias ministrárale, y los que á él le brotaran de sus entrañas y experiencia. Desengañado de amigos, de las fraternidades artísticas que, con excepciones señaladísimas, sólo sirven

para que dos personas, ó diez, ó treinta, apuren juntos una copa llamándose «hermanos» y prometiéndose un auxilio recíproco y una mutua simpatía con que resistir en sólido grupo los embates comunes á toda existencia y los especiales que amagan y asaetean la de los artistas; desengañado de las retóricas con que tanto se arrulló á los comienzos de su lucha, porque en ellas creyó firmemente y de su parte sí llevó á término sus promesas, y desde la aurora hasta el crepúsculo de sus triunfos, con todos compartió rayos de gloria y centenares de monedas; desengañado de todos y de todo, había resuelto huir, correr, ponerse á salvo, devorar á sus solas los cálices amargos de la ingratitud ajena y la desesperanza propia... ¡Ah! Si en lejanía tan sabia habría persistido indudablemente, lo que es hoy, que Carolina aceptaba acompañarlo en sus soledades, curarle los zarpazos de la envidia y del menosprecio, á su lado dar fin á esta forzada caminata de la vida, hoy más se alzaba de hombros y más encastillábase en las alturas de su vivienda desmantelada, y en las de los contados ideales que de milagro sobrenadaban en su naufragio... Que los demás rieran, y aun aullaran de júbilo malsano, porque en medio á su derrumbamiento, asirse veíanlo á una debilidad ¡mejor! más pronto lo supondrían concluído, más pronto olvidaríanlo, y él con mayor fuerza asiríase á Carolina, esa debilidad con la que perecería abrazado, ó con la que recalaría en algún ancón extraviado de reposo y dicha... ¿Qué tal serían las virtudes y excelencias de su nueva esposa, que hasta opacaban las de la esposa muerta? ¡Era mucha mujer, y, lo que Salvador palpaba ya aunque con reparos y mentales reservas, era mucha alma!, pues alma y muy grande tenía que ser la que guiaba á Carolina en palabras, pensamientos y actos; porque con su cuerpo nada más—su cuerpo, que tanto tiempo mantuvo semivirgen des-

pués de desflorado; su cuerpo, que ahora Salvador besaba noche á noche en amante desagravio y sin las fugas que cuando joven,—no era posible que le hubiera resultado tan cariñosa y valiente, tan buena y sufrida. Algo más debía de haber; algo que él no tocaría nunca, por mucho que se esforzara, y que ello, no obstante, miraba sin verlo, y sin tocarlo adivinábalo. Gran parte tendría seguramente en el resultado ése la inteligencia de la chica, nada corta por cierto; pero á pesar de su inteligencia y á pesar de su cuerpo, macizo aún y vibrante, Salvador *sentíase* sometido á influjo diverso é inenarrable que lo seducía y maniataba, que poníalo, sin que ella lo exigiera, á la entera merced de Carolina. A los principios, Salvador atribuyó la cosa á influjo de carne fugazmente gustada una sola vez, que hoy resistíasele. Porque Carolina no cejó en su empeño, y mientras no los casaron como Dios manda, no sirvióle á Salvador amenazas ni ruegos; á cierta hora, solo tenía que encaminarse á su catre, tascando el deseo que lo sofocaba, y que acostarse en el reducido dormitorio, donde, más de una noche, atacado de masculino orgullo, decidió andar los cuantos pasos que de la insomne muchacha distanciábanlo é ir y adueñarse de ella sin demanda de permisos ni venias. Y lo que se preguntaba á sí mismo, á ver: ¿de dónde sacó Carolina aquel poder con que le resistía, si ni siquiera incorporábase en la cama para evitar la embestida de Salvador, que llegaba resuelto, y que de oírla confiar perpetuamente en Dios, como que la intención desvaneciábase y por muy premiado se reputaba con que le consintieran sentarse á orillas del lecho, á pesar de que el cuerpo de Carolina alzábbase prometiendo mil y un deleites en las curvas que suavizaban las ropas?... Aquello era ridículo, sin pies ni cabeza; idea estrafalaria de mujer histérica ó vengativa. Carolina opinaba diversamente: aquello estaba bien; era,

de su parte, el cumplimiento de un deber que en malhora olvidó cuando fué novia; y de la parte de Salvador no era sino complacencia de hombre que ama y que da gusto á quien ama. Ello es que Salvador tornaba á su catre, convencido, y sobrábale con escuchar á poco la rítmica respiración de Carolina, que en él confiaba y se lo decía:

—¿Para qué poner candados ni cerrojos, quebradizos siempre, si disponemos de nuestras voluntades?

Hasta vergüenza le dió á Salvador que en los pocos días que mediaron, gracias á Covarrubias, entre el encuentro y las nupcias, le adivinaran que de veras carecía de voluntad; hasta despertaba contento de ir aprendiendo á vencerse, así el pequeño sacrificio quedase ignorado... Y lo que acabó de conquistarlo al bando enemigo fué la actitud de Carolina, ni hablaba al día siguiente de lo ocurrido la víspera, ni trataba de que la portera, Covarrubias ó el doctor creyeran ó no en esa castidad increíble; ¡al contrario!, comportábase delante de ellos cual hembra recién casada, y si Salvador afirmábale que el doctor y Covarrubias, veladamente, lo bromeaban á ese respecto, riendo á carcajadas de sus juramentos sobre que «nada había pasado», Carolina respondíale con naturalidad grandísima:

—¡Pero lo sabemos tú y yo, y con eso basta!...

De aquí databa el inexplicable influjo; «porque—soliloqueaba Salvador,—ó la declaro loca de atar, y por muy otras razones cónstame su cordura, ó el chiflado soy yo, y esta mujer va á curarme, si se lo propone...»

Pasó el casorio, y Carolina igual, quizá mejor; con un aplomo, y una sensatez, y un aquel, que Salvador no daba crédito á su vista. Aun en las intimidades del tálamo—contra lo que era de esperar de su temperamento y aspecto,—le resultó equilibrada y franca. No se la podía llamar casta, mas fogosa tampoco; amaba, y lo bastante que

F. GAMBOA

de juventud restábase, aceptaba y correspondía el ardiente reclamo, puede que con mayor ardimiento que el propio Salvador. Pero no lo solicitaba nunca, cual si prefiriese á los arrebatos carnales que la sumían en meditación y silencio, las caricias que no excitan ni nada piden; las largas pláticas á media voz, aunque nadie escucha ni á nadie se molestara teniéndolas en voz natural, el aposento en tinieblas ya, vecinos los cuerpos semidesnudos y á pesar del tibio contacto, quietos; cuando se comenta, tranquila ó melancólicamente, lo que nos ha acaecido y se edifican los castillos aéreos de nuestro vivir próximo; cuando se borran los proyectos y nos acercamos las lejanías, las personas amigas que deben hallarse en espera nuestra, las tierras distantes, los acaecimientos venturosos y gratos; dulces pláticas que reconfortan y estimulan, que aproximan los espíritus de los casados, si en realidad algo se quieren; comunión de almas que todo lo apacigua y lo allana todo, y que, desmayando lentamente, nos abandona de súbito en los umbrales del sueño, como para bien advertirnos de que sólo en sueños realizanse tales acaecimientos; que sólo en sueños se tropieza con las personas amigas y á nosotros vienen las tierras distantes, las lejanías de dicha; que sólo en sueños habremos de asilarnos en esos escarpados castillos fantásticos, cuyos puentes levadizos, alzándose tras nosotros, imposibilitarán que por remate nos devoren nuestros prójimos, la camada de hienas que desde la cuna nos persigue... Y le era de grandísimo consuelo dormirse así, junto á Carolina, tranquilos ambos, en calma la carne traicionera y sabrosa, los ánimos en sosiego, confiando, esperando...

Gustaba Salvador un especial deleite con esta castidad conyugal, y achacábala á que por los años y los trotes, su naturaleza degeneraba, y aquellas proezas de juventud, y

RECONQUISTA

aun de su madurez, aquellos excesos de su primer matrimonio, de los que rendidos salían Emilia y él, lo habían vuelto más parsimonioso y tacaño de su fuerza física; pero luego desechaba ideas tan poco halagüeñas, dado que de pensar en Carolina, ó de codear mujeres guapas, las hambres de antaño reaparecíanle con idéntico imperio. Por lo que tuvo que convenir en que el fenómeno radicaba en la misma Carolina, que de cerca inquietábalo menos que de lejos, y que transmutándolo iba en esto como en todo, sin que pareciera que adrede lo hiciese. Y si no ¿de qué otro modo explicar, por ejemplo, que Salvador ya no dijera impiedades ni irreverencias, no obstante sus descreimientos? ¿que ya dejara pasar sin escéptica sonrisa siquiera, cual solía con la pobre de Emilia, el que el nombre de Dios sonara á cada paso dentro de la vivienda; que Carolina lo hiciese intervenir á propósito de cuanto hay, del pasado, del presente y del futuro; que lo instalase, en estampa ó en escultura, arriba de la cama, tras de las puertas, hasta en un huequecito del mismísimo estudio, harto remozado con el aseo y diligencia del ama de casa? Sólo en los primeros días permitióse Salvador decir á Carolina, en broma:

—Pero, hija, ¿no calculas que vas á aburrir á su Divina Majestad?...

Nunca lo hubiese dicho, pues Carolina, con la entereza que tan bien le sentaba, opúsose al desmán fundándose en el puñado de razonamientos que, creeriase, llevaba guardados en discreto escondrijo, aunque listos á salir y vencer en cualquiera palestra. Y no alegar que había malos modos ni falsos enojos, irritantes silencios ó palabras duras ¡quía! En besos paraban siempre; Salvador, pidiendo armisticio, y Carolina, concediéndoselo; que lo que la chica aducía era precisamente su debilidad, sus particulares

circunstancias, y, en las ocasiones difíciles, su propio deslíz y deshonra.

—Razón te sobra—replicábale.—Yo soy la culpable, la que se olvida de que sin ti, sería una desdichada y una víctima... la que se olvida de que nada puede exigirte, ni que respetes mis fanatismos, como los llamas, porque demasiado has hecho con recogerme de las cuatro esquinas después de lo que pasó, y darme de limosna tu nombre y un poquito de tu cariño...

Doblaba el pintor las manos, y por no aparecer—frente á tan valerosa hembra, que maldito lo que de él necesitó durante el largo abandono,—sin pizca de hidalguía, pedía perdón, retiraba censuras, y de aquí los besos en que paraban.

Que Carolina mentara á Dios ¿y qué? ¿Que colgara su imagen en la vivienda, pero que no cesara de quererlo, de endulzarle las amargas viejas, las penas de hoy, los dolores que lo asaltarían mañana!... Y el nombre de Dios fué impuesto; y el artista, en quien seguramente removeríanse reminiscencias de otros labios amados que también lo pronunciaron en su presencia: su madre, su Emilia, sus hijas, el artista familiarizábase con la incesante evocación y se quedaba tan serio frente al caballete en que concluía su último fraude artístico: aquel príncipe encanijado y envuelto en terciopelos sombríos, que, de orden de un logrero gallego en complicidad con un pintor hambriento, surgiría á engañar ignaros y á esmaltar salones de enriquecidos de la víspera.

Covarrubias, dándose cuenta de la diaria transformación, no cabía en sí de gozo, y con sus cinco sentidos ayudaba á que completa y definitivamente se realizase el prodigio intentado por esa mujercita, á la que se dió á querer de todas veras.

Y aquel atardecer, luego que reunió al matrimonio en el estudio—que como un tuberculoso parecía mirar ansiosamente por el amplio tragaluz de cristales las postrimeras palpitaciones del tramonto,—les habló de este modo:

—Ya van á poder enfrentarse con la vida, que los ha salvado el tenerme á mí de padrino... ¡Permito que los dos me abracen en prenda de su agradecimiento!... ¡Ya, ya me imagino cómo me habrán puesto entre los dos, dándome del ruín y del mezquino, que no ha de haber por dónde cogermel... ¡Sí, no salir ahora con protestas!... Pero voy á vengarme, y les traigo el maná, como lo oyen, el maná de las Escrituras...

Los otros reían, echando á broma el jocoserio discurso de Covarrubias, que rechazó la silla con que brindáronle, y en pie continuó pormenorizándoles la buena nueva.

Ya podía Salvador arrancar del caballete ese timo de la antigüedad y del arte, y purificar los pinceles, delincuentes contra su gusto, para destinarlos á más nobles empresas; ya Carolina podía descansar, ajustar cocinera; y si ambos eran juiciosos, en un par de meses podrían hasta salir de aquel palomar en que moraban.

—¡Vaya, Julián, déjate de bromas y dí qué es ello!—exclamó Salvador, limpiando, en efecto, pinceles y paleta.

—Pues ello es que por mi medio te ha caído una lotería para recompensa de los merecimientos de éste tu ángel de la guarda (*por Carolina, que sonríe satisfecha y medio ruborizada*), no en recompensa de los tuyos... ¡A cada quisque lo que le pertenezca!...

Salvador y Carolina cercan á Covarrubias, que aparatadamente ha extraído de sus bolsillos, y con graves lentitudes va desdoblándolo, un papel, cuyos renglones á máquina no pueden leerse á causa de la noche que se entra. Carolina enciende la vela y alumbra á Covarrubias; Covarrubias

lee, y Salvador arruga los ojos, sin que esté averiguado si es por lo que escucha ó porque la flama le da de lleno. Covarrubias lee un contrato escrito en castellano bárbaro y oliente á inglés traducido, que apesta; contrato entre una empresa yanqui, «como primera parte», y don Salvador Arteaga, pintor, «como segunda parte». La empresa es una casa editorial dueña de un *magazine* ilustrado que se publica los días 1.º y 15 de cada mes en la ciudad de Chicago, Estado de Illinois (Estados Unidos de América), bajo el título de «The Outlook»... Don Salvador Arteaga, pintor, comprométese por un año, á contar de la fecha en que el contrato se firme, á remitir con la oportunidad debida una pintura en colores, para usos mercantiles, que represente, *precisamente*, tipos nacionales mexicanos... «The Outlook» comprométese á pagarle, por cada una de ellas, una suma no menor de veinticinco dólares ni mayor de cuarenta, según la aceptación que los suscriptores les dispensen... Siguen otras cláusulas de menos importancia, puntualmente leídas, sin embargo, por Covarrubias...

Al concluirse la lectura, Covarrubias contempló radiante á sus ahijados. Carolina, luego de colocar la vela en un mueble, púsose á palmotear, contentísima, en tanto que Salvador, sin chistar, encendía un cigarrillo.

—¿Por qué enmudeces, bobo?—le preguntó Covarrubias molesto,—¿no te gusta el trabajo ó te parece mal retribuído?...

—¡Soberanamente retribuído!—declaró Salvador sin entusiasmos,—y de mi cuerda, pero...

—¿Pero qué, hombre de Dios, pero qué?... ¡Revienta de una vez!

—Vas á incomodarte si te lo digo, Julián, mas de decir-telo tengo... ¡Salgamos á la sala!

Sala llamaban al pedazo de azotea del frente de la vi-

vienda, donde colocaban asientos y tapetes las noches templadas de los meses estivales, y donde poníanse á charlar los tres solos—el doctor, á las vegadas,—sin que nadie los interrumpiese; bajo el cielo inmenso y recortado, allá, muy lejos, por los picachos de volcanes y cerros que limitan el valle extenso en que se asienta, entre otras, esta empedernida metrópoli de los virreyes ídos; á la vista, el urbano horizonte de azoteas, torres y cúpulas, que la noche, aun cuando no hubiese luna ni muchedumbre de astros, vestía fantásticamente.

Sentados allí, en el reducido trecho; la vivienda, abierta y á oscuras; Carolina, en su silla enana de costura, abandonadas sus manos en las de Salvador, que, repanti-gado en el maltrecho sillón abacial de sus buenos tiempos, acariciábaselas sin cesar, mientras Covarrubias, en la única mecedora del trunco ajuar, se mecía y los envidiaba. ¡cuántas noches se la pasaron hasta muy tarde en dulce quietud de amistad y afecto! El artista del color y el artista del verbo, comulgando en los mismos ideales, prendados de análogas quimeras, con iguales soñaciones y gemelas esperanzas, hablaban, hablaban; y Carolina, que personificaba á la Mujer, el Sufrimiento y el Amor—la sagrada trinidad inspiradora de las obras geniales,—Carolina los oía, devotamente, sin interrumpirlos, moldeando su espíritu delicado y sensitivo, con sólo escuchar las doctrinas de belleza, de verdad y de infinita misericordia que aquellos dos creyentes hacían desfilas mágicamente por los aires, ante su vista absorta de neófita. Instantes había en que la plática se inflamaba, encendíase, en que las voces de uno y de otro subían de tono... ni quien las oyera, que estando ellos donde estaban, sus voces no volvían á bajar, sino que volando perdíanse en la atmósfera tibia y en la serenidad de la noche. Los dos, sin duda,

sentíanse á sus anchas en ese apartamento y esa altura, hasta la que llegaban inofensivos y alarmanes, como en los puertos abrigados, los retumbos de las olas implacables, el ulular de los vecinos de la ciudad, el clamoreo de tranvías, carruajes y músicas; de vez en cuando, el ayea de las horas que se mueren en el espacio y en la vida, aventadas por los relojes que las desgranaban de los palacios y los templos... El halo monstruoso de la iluminación eléctrica de continuo alcanzaba la azotea, circuía el perímetro de la ciudad, salíase de calles, callejas y plazas, coronaba la mole de edificios con claridad extraña de meteoro, de arco-iris que fuese á abrazar del uno al otro extremo la población desapercibida y negligente.

En tan simpático sitio instalados, Covarrubias insistió, resentido en el fondo de esa especie de ingratitud, en que Salvador explicárale su frialdad. ¡Si Salvador hubiera sabido la campaña que libró el novelista para arrancar aquella breva, lo habría aplaudido desde luego y desde luego suscripto los tres ejemplares del contrato, quedados de través sobre la mesa del estudio!... ¿Qué defecto advertíale?...

—Pues verás—princió Salvador, ofreciéndole cigarro y cerillos,—ahora verás lo que motiva mis resquemores... Vas á reírte y á regañar conmigo, lo sé; pero hijo mío, si contigo no soy sincero, ni con ésta (*por Carolina, que tampoco se explica las repugnancias de su esposo*), ¿con quién he de serlo?... Mis ascos arrancan de un sentimiento hondo que calculo me viene de herencia, y de una resolución adoptada años ha... Mas tomando en cuenta que por esto ó por aquello, por el instante de debilidad que basta á destruir toda una existencia de rectitud, que á casi todos nos ataca y al que casi todos cedemos—yo descendí hasta el timo de las antigüedades, según atina-

damente bantizaste mi compromiso de pintarle al astuto empeñero dos ó tres delfines y príncipes herederos de tronos, escrófulas y epilepsias larvadas, que diría nuestro galeno,—tomando en cuenta tamaño abajamiento que reconozco y que me pesa, ¡vaya si me pesa!, tomando en cuenta asimismo que no he de nutrirme ni de nutrir á Carolina con palabrerías ó tierra de pinturas, me trago resoluciones endebles, me olvido de herencias fisiológicas, y acepto tu contrato, agradeciéndotelo en el alma, como te he agradecido el montón de favores con que tu amistad de hombre de bien ha acudido en mi obsequio ocasiones tantísimas... Pero no me pidas regocijos ni júbilos, Julián, ¡al contrario!, deja que me entristezca y que me calle...

—¡Alto ahí, don Ticiano, alto ahí, que no soy un nene ni paso por esas reservas!... ¡O me cantas la romanza entera, ó de verdad regañamos!... ¿Qué hay en el negocio? ¿qué puede haber que así te entristezca?...

¿Que qué había?... ¡Un mundo de cosas, significativas, trascendentales, tristesísimas!... Era la invasión yanqui, lenta, sin entrañas, corruptora; hoy una zona, otra mañana, después otra, y otra, ¡al cabo, todas! Más que invasión, inundación debía denominársela, muy pausada, avanzando á sus anchas porque nadie, lo que se llama nadie—¡he ahí lo triste, lo tristísimo!—oponiale ni asomos de resistencia... Y en la pausada onda incontenida, hundírase la nacionalidad en un gran naufragio voluntario, en un inmenso siniestro mudo, en un nuevo diluvio bíblico que, como el otro, subiría cinco codos sobre las montañas más altas; que, peor que el otro y á menos que los intelectuales no tripularan el Arca con energías y honradeces, al través de los años y de los cruzamientos de las razas no dejaría un solo Noé que repoblara con sus hijos, á raíz

del desastre, la inocente Patria fecundada en tanto por sus tenaces forzadores rubios...

Los fingidos enojos y burlas con que Covarrubias al comenzar Salvador pensó reír de sus alarmas y de su añeja mala voluntad hacia los oriundos de los Estados Unidos, quedáronsele sin transponer los labios, que la solemnidad y decisión con que el pintor abordara el magno problema nacional—encarcelado en todos los cerebros que piensan, y libre sólo en unas cuantas bocas,—le selló la suya y lo forzó á aproximar su mecedora á Salvador, que siguió hablando luego de encendido cigarrillo nuevo.

...esta invasión de hoy no era como la primera fué, en abierta guerra, al son ingrato de los pífanos de sus fanfarrias púnicas, al fragor ronco de los disparos de sus armas; los batallones de hombres negros y de hombres rubios, á la sombra inquieta de la bandera tachonada de astros y estigmatizada de barras, que ondulaba arrogante en las marchas de victoria y en la persistencia de los triunfos... ¡No!... Esta era distinta, y peor, mucho peor que aquélla... Aquélla—aunque tan injusta que hoy todavía, á los tantos años, clamaba al cielo, y en el propio país agresor sus hijos honrados la anatematizaban en público, en la tribuna, en el libro, y con su recuerdo enrojecían,—aquélla, al menos, se anunció con tiempo y nos retó en forma á la pelea... ¿Quién nos mandó no hallarnos prevenidos?... Pero siquiera resistimos, en pleno campo, tras de los árboles mutilados por la metralla, tras de las esquinas de las ciudades que con su sombra empujaban las manos homicidas de los últimos vengadores... ¡Sí, sí, Salvador sabía que la defensa nacional anduvo torpe y turbia, sin cabeza inteligente ni brazo justiciero ni corazón bien puesto, al decir de los historiadores y *coronistas* venidos á la zaga!... Pero también sabía que la sangre corrió por

sembrados y calles; que los soldados morían en la Angostura y Padierna, los viejos y los niños, los mártires que gloriosamente se vuelven polvo en nuestro bosque sacro, un bosque testigo de tanto, que hasta sus huéspedes milenarios, los de la recia corteza y de la larga vida, los callados asistentes á los horrores y las hazañas, los ahuehuetes encanecidos y venerables, se mueren de lo que han visto y de lo que presienten que volverán á ver... Salvador sabía que hubo defensas heroicas, combates denodados, pocos, ¡concedido!, poquísimos por desgracia, mas algunos al fin; en tanto que hoy, con la invasión actual, con la inundación, mejor dicho, ¿qué había habido á los principios? ¿qué en la actualidad? ¿qué habría en lo futuro?...

Y ni Carolina ni Covarrubias osaban truncarle el discurso, destruir la doble visión del artista iluminado: la visión del ayer y la visión del mañana, que él mismo truncaba al reconcentrarse, al dar fuego, nerviosamente, á sus cigarrillos, ó cuando la visión evocada, demasiado dolorosa y exacta resultábale. No paraba de hablar, cual si la materia fuese inagotable y él se supiese de coro la mayor parte. Sus propios silencios, raros y breves, parecía que dijeran, muy quedo, algún secreto grave que no pudiera confiarse ni en la intimidad, que apenas pudiera barbotársele así, en los silencios significativos que distanciaban unas de otras las parrafadas del artista.

... esta inundación de hoy era peor que la invasión armada é igual á todas las inundaciones lentas que no se desgajan de súbito y en unos instantes todo lo ahogan; ésta no, ésta era de las que á sus comienzos hasta de inofensivas se las bautiza, si no de beneficiosas. En definitiva, ¿qué es?... ¿agna que corre?... ¡Magnífico! ¡Fecundará la tierra, dará de beber á los pobres campos sedientos, á los surcos que se abrasan, á las sementeras que se agostan!...

F. GAMBOA

Y cuando el riesgo se advierte, cuando ya el agua, los delgados hilillos que serpenteaban inocentes han aumentado de volumen y son ríos enloquecidos y caudalosos, y la onda es un mar que camina, que avanza sin humano poder que la contenga, ¡ah!, entonces son los terrores pánicos, las lamentaciones á destiempo, los llantos sin consuelo, las huidas lamentables al través de la noche y de lo negro, con los hijos en nuestros brazos, de nuestra mano, en nuestro cuello; la casa en que nacimos, el terruño que nos alimentaba, perdidos, tragados para siempre por el agua que nos persigue y obliga á correr, á trepar á las alturas, las que, «como si me lo temo—declaró Salvador melancólico,—no son alturas de verdad, sino facticias; serán ganadas también y sobrepasadas por el agua, que sube y sube sin trazas de cansarse nunca!...» Y pictóricamente, Salvador comparaba los horrores del siniestro á los grabados de las Biblias ilustradas por Doré, en que aparecen los horrores del Diluvio, que, es fama, con sus cuarenta días y sus cuarenta noches, tuvo de sobra para inundar el mundo...

—¿Cómo, nosotros, habremos de resistir años de años?...

No culpaba Salvador al Gobierno, antes proclamábalo el menos responsable; porque los gobiernos, en determinados «momentos históricos», tienen que plegarse, por fuerza de los sucesos y por instinto de conservación propia, á que se consumen los fenómenos sociológicos de peores consecuencias para lo porvenir. Los que *deben* oponerse son los ciudadanos; y cuando, como en los países de la América española—y en España, para ir por orden,—los ciudadanos, los que saben leer, escribir y pensar, son los menos, estos «menos» era á quienes Salvador no perdonaba que hubieran consentido, y consintiendo siguieran, en que la inundación yanqui continuara ensanchándose,

RECONQUISTA

lo mismo en los lugares en que sí resultaba civilizadora, que en los que maldita la falta que jamás había hecho...

—¡Bueno es que conste que entre los que no merecen perdón, métome yo, de cabeza, y te meto á ti, Julián!

... lo artero de la inundación actual radicaba en que se había entrado insidiosamente, corrompiendo á esos «menos», responsables del siniestro, por medio de la divinidad antigua y moderna que reclama excepcional fortaleza para resistirla: el viejo Becerro de Oro, que con los años ha crecido y aumentado en empuje y corpulencia hasta ser toro disforme y brutal que todo lo derriba, ideales, patriotismo, religiones, afectos, amor, justicia, vergüenza..., por lo cual asistimos, en el entero globo podrido, al trágico crepúsculo de estos dioses que perecen, apenas llorados de unos cuantos que en ellos creían...

... lejos de que se le opongán diques, lo que se anhela, lo que se implora, es que la onda de oro nos bañe los cuerpos, las propiedades, importando un ardite que salpique las conciencias y de barro las macule; ya vendrá más líquido, más, á lavarnos las máculas, á fin de que los contadísimos que se hallen limpios, no nos las adviertan... Y así le abrimos calle, le excavamos canales por donde á sus anchas espumajee y camine, aunque tale nuestras humildes siembras primitivas, aunque ahonde y perfore las heredades ancestrales, aunque mine ó arrase los muros benditos de nuestras pobres casas solariegas... ¡Aplaudimos su curso, festejamos su brusquedad y su ceguera de elemento, y por más que sepamos que ha de arrasarlo todo, á nosotros inclusive, mientras llega el instante del tránsito postrimero, sin curarnos de hijos ni de pósteros, es tal el ansia de que nos toque algo, una salpicadura al menos; tal la concupiscencia que nos roe por los bienes terrenales, que por siquiera lograr que se nos humedezcan las puntas

F. GAMBOA

de los dedos, de rodillas, prosternados, mendicantemente tendemos las manos á la lluvia aurea, que, como una maldición azota en su caída á la tierra y á los hombres!...

Covarrubias, grave, se mordía los labios; Carolina acercábase más á Salvador, cual si con él quisiera compartir los peligros y desgracias que anunciaba en sus profecías pátmicas; y Salvador, luego de cobrar arrestos y de oprimir dulcemente las manos de su compañera, continuó hablando...

... La inundación adelanta, y conforme adelanta truécase en incontenible, se palpa el riesgo, se adivinan las resultas... Espantados entonces de la propia obra, querriase atajar el mal, ó encauzarlo para que nos aprovechara tan sólo, mas lo estéril del deseo tardío, surge; por donde quiera mirase el agua, anda y anda, sube y sube, acamando espigas, doblando vidas, segando esperanzas, hollando patria... Entonces querriamos deshacer lo hecho, aun devolver las impuras riquezas improvisadas, los maldecidos treinta dineros que nos quemán é infaman... pero no es tiempo ya, el agua sube, el agua ambula, y los arrepentimientos, las lamentaciones, los propósitos de enmienda, los votos y promesas de expiación han llegado tarde; el agua ambula, el agua sube hasta las cumbres, hasta las frentes, hasta las almas... y las almas desesperan, humillanse las frentes, las cumbres se derrumban, y únicamente flotan, por sobre la mole de agua insensible, para del todo sumergirse más tarde, desechos y residuos sin forma ni nombre, maderos con carcomas incurables, guñapos de ideal, desesperanzas infinitas, dando tumbos, cayendo, levantando, golpeándose, rechazados de todas las orillas, sin áncoras, sin velas; condenados á flotar á la ventura, según su consistencia primera, por minutos ó por siglos, como restos y desechos de un gran naufragio; según

RECONQUISTA

flotan y sobrenadan los desechos y restos de las naciones conquistadas y de las razas errabundas: las Judiadas sin ventura, las Polonias de gloriosa fama y los Transvaales de memoria heroica...

Covarrubias se levantó de la mecedora, en silencio; fué y se asomó á la calle, por cima de la citarilla, y regresó al matrimonio, que también callaba.

—¿Y el remedio—preguntó angustiado,—esa arca de que hablaste... es tiempo aún?...

Alzóse de hombros Salvador. ¿Qué sabía él?... Creía que sí, siempre que los intelectuales se lo propusieran; los intelectuales, que en todas partes son los hechores de la historia; los que organizan y á cabo llevan las revoluciones; los que atajan los cataclismos nacionales; los que en 89 cambiaron la faz del mundo; los que quizá mañana cambien la de Rusia... Los intelectuales podrían tal vez, si honradamente se consagraran á construir el arca de salud, primero, y á tripularla, después; pues si el mal era intenso, intenso tenía que ser el esfuerzo para combatirlo. De otra parte, sería romanticismo puro pretender que en pleno siglo XIX se edificaran nuevas murallas chinas para aislar á los pueblos débiles de los pueblos fuertes; no, Salvador no pretendía tal disparate; hoy no era dable contener ni estorbar las migraciones de los más civilizados; lo que se hace es abrirles las puertas á fin de que no las echen abajo; pero se les abren bajo condiciones, precaviéndose contra la entrada en tropel ó la permanencia perjudicial, dado que tampoco hoy deben de ser dables la conquista ni el despojo. Hoy se divisan con claridad mayor, aunque bien distantes todavía, edades menos infortunadas que las que vamos dejando atrás; naciones que á un mismo tiempo han acumulado la civilización y la fuerza, y en sagrado depósito consérvanlas para verter la una y emplear la otra

F. GAMBOA

en beneficio y defensa de los pueblos atrasados. Hoy colúmbrase la ciudad ideal, la que han venido edificando los hombres buenos con objeto de que en ella repose y viva esta humanidad fatigada de su peregrinación de siglos por los desiertos de injusticia, por las estepas de odio, por las pampas fraticidas...

—¡La quimera!—murmuró Covarrubias tristemente.

... Mas para llegar á su recinto ¡que de llegar tenemos!—siguió Salvador sin parar mientes en la desconsolada interrupción de su amigo—hay que desconfiar de los falsos guías, de los pueblos idólatras del oro principalmente, que derraman éste, convencidos por propia experiencia de que todo se le doblega y esclaviza, de que á su empuje lenón y mudo las fortalezas más inexpugnables capitulan, vacilan las honradeces, las vírgenes se desnudan y venden, las virtudes expiran... ¡Hay que esperar, las horas de las horas, los días de los días, los siglos de los siglos; esperar y confiar en que tal pueblo existe, ó está en formación, ó se formará mañana, allá, quién sabe dónde, en algún rincón del planeta!... Un pueblo redentor, sin remordimientos en su conciencia ni sangre de patrias ajenas en sus zarpas, cuyo cerebro haya vivido siempre en la luz y su corazón en el amor; un pueblo redentor que arrastre á los demás con su ejemplo, que no emplee ballestas, ni hurte tierras, ni mate á hermanos .. un pueblo imposible casi, ó tan lejano por lo menos, que es igual que no aliente nunca para nosotros ni para los hijos de nuestros hijos... por donde sólo debemos considerarlo...

—¡La quimera!—insistió Covarrubias.

—¡La quimera, sea, la quimera!—repitió Salvador por dos veces,—y como tal quimera considerada, adorarla en el pensamiento y procurar en la obra su realización problemática, sin egoísmos, sin aferrarnos á que lo que no

RECONQUISTA

podemos ver concluido, á nadie beneficia; antes convencidos de que nuestra vida, por prolongada que ella sea, en la vida universal es un segundo, y que ningún esfuerzo, si es bueno y noble, se esteriliza ni pierde... Y me apeo de las nubes ¿eh?, y ya de tejas abajo, te digo lo que en un principio te dije: que únicamente los intelectuales podríamos, queriéndolo, intentar la portentosa cura, despertar el país que duerme amodorrado sin nutrir una sola esperanza; enseñarlo á andar, á leer, á cumplir sus obligaciones y á demandar sus derechos... Pero nadie querrá, ya verás cómo nadie quiere, cómo seguimos igual, ó peor, distanciados por envidias pequeñas, devorándonos los unos á los otros en irreconciliables cenáculos, entregados á preciosismos inútiles ó á ditirambos mentirosos, para medrar. ¡Tanto como yo lo sabes tú, si no mejor! ¿Qué vamos á hacer de provecho, si nuestras fuerzas, con ser tan poquita cosa, aún las acertamos y empequeñecemos más con nuestro criminal encogimiento de hombros frente á lo más serio, frente á lo más trascendental, frente á lo más solemne?... Si, por ejemplo, me hubieran oído á mí esta noche, ¡imagina la algazara, y las risas, y las burlas!... Y, sin embargo, yo aborrezco el arte estéril, no creo en la doctrina de «el arte por el arte», no, no creo, jamás creí; y si fuese verdad, yo no sería artista, sería cualquiera, una unidad silenciosa, una partícula trabajadora de la multitud... Yo amo el arte viril, sacerdote y apóstol; el que se consagra á consolar, cuando no atina á redimir; el que lucha por hacerse escuchar de los desheredados de este mundo; el que fustiga á los tiranos, á los sátrapas, á los caciques; el que se yergue ante los gobiernos poderosos, y como escudo invulnerable y magnífico, opone á sus rayos y á sus iras y á sus persecuciones, la suprema belleza y la verdad suprema; el que no se deslumbra con las pedrerías de los

F. GAMBOA

tronos y de las coronas y de los cetros; el que llora con el pueblo y á él se inclina piadosamente, y lo acompaña en las noches sin término de su ignorancia, y le promete vengarlo, reclamar en su nombre con la magia del verbo, con la gloria del color y con el hechizo del sonido, todas las grandes reparaciones, todos los inmensos desagrazos que le son debidos. Yo amo el arte que sin menoscabo de su majestad, se simplifica para que lo comprendan las muchedumbres encadenadas á las desigualdades seculares y á los abusos y despojos milenarios; el que restaña la sangre de las viejas heridas incurables; el que enjuga los viejos llantos perennes; el que unge los oleos curativos y consoladores; el que no siente ascos por las llagas y las pústulas y los cánceres de los irredentos; el que exige pan para los ayunantes, techo para los vagabundos, abrigo para los desnudos, que las migajas de los ricos ahitos y de las sociedades indiferentes y leprosas vayan á las bocas trémulas de los menesterosos ávidos; el que á la cabeza de la legión sin fin de necesitados y de víctimas, va apartando de los hinchados y sangrantes pies desnudos, los abrojos y ciegos del camino, y apuntando á la revancha, á la reivindicación, á la luz... Yo amo el arte que con la peña esculpida, perpetúa la memoria de las hazañas y de los héroes; que con el papel pintado entona las cantigas de los humildes y los himnos sonoros de los castigos y de las victorias; que en el cuadro compasivo—dado que para entender su asunto basta con mirar, así no se sepa leer,—enseña las resistencias de los oprimidos, los triunfos de los inermes, el aniquilamiento de los crueles y la muerte de las injusticias; el arte que con el libro despierta las conciencias, predica las venganzas justicieras, pone al descubierto las podres de los martirizados, las ansias de los ilotas, los derechos de los parias, y clama valientemente porque el mun-

RECONQUISTA

do deje de ser el valle de las lágrimas y se transmute en la sabana inconmensurable de amor, trabajo y paz, congestionada de mieses de oro y de espigas de esperanza...

Y al decir esto, Salvador se irguió, en el silencio de sus oyentes, en el silencio de la noche caminante, y tendió su diestra con ademán misericordioso y amplio, que abarcó el universo.

—...yo abomino del arte inútil y blasfemo—continuó en voz más ronca, sentándose otra vez,— que se aísla para producir, que sólo produce para los iniciados, que se pasa frente á lo ininteligible y complicado, que se declara aristocracia intelectual, y, como todas las aristocracias, desdén á los de abajo... Abomino del arte de los neurópatas, de los exquisitos, de los raros. ¿Qué bienes ha realizado? ¿De qué sirve á los que han menester de ser enseñados?... Odio lo deforme, á los cantantes eunucos de las Sixtinas inquisitoriales, porque para embellecer sus voces han debido castrarse, y eso no es arte; tales cantos, por bellos que resuenen, ni al mismo Dios han de serle gratos, supuesto que los hombres que los entonan, para entonarlos, infamaron al hombre y escarnecieron la vida; eso no es arte, será vesania, un capricho morboso que idearía algún pontífice envenenador y degenerado. ¡Mira, en cambio, á los griegos, á los romanos anteriores á la decadencia; mira el Renacimiento en Italia, en Holanda; mira á Rembrandt, á Rubens, en Flandes; á Alberto Durero, en Alemania; al Ticiano, en Venecia; mira á la trinidad excelsa: Leonardo, Miguel Angel, Rafael!... ¡Esos sí que fueron hombres!... Pasa á tu oficio, y mira á Shakespeare, á Cervantes, á Goethe, al Dante... Anda á la música, y mira á Beethoven, mira á Mozart... ¿Por qué sobreviven?... ¡Porque fueron artistas-hombres, engendadores, potentes, hombres, hombres, hombres en constante nup-

cias prolíficas y sanas con la vida y con la belleza! Y ahí tienes á sus hijos: bellos, vivos, fuertes, eternos, riendo de distancias y de siglos, inmortales, benéficos, nobles...

—Sí— exclamó Covarrubias,— tienes razón, el arte apóstol, como tú lo llamas, nunca jamás cultivado por nosotros... Pero aún es tiempo, hasta para mí mismo, para mis libros futuros, en los que podré ayudar con mi grano de arena á esa gran fábrica que, cual un iluminado, acabas de predecir... Sí, tienes razón, para dar cima á la magna obra que se vislumbra apenas, bueno es ir convirtiendo hacia ella las energías latentes y las voluntades dispersas; que, en último caso, bastará con que cada cual, aunque no sea intelectual ni artista militante, contribuya con el ejemplo aislado... ¿No es esta tu doctrina?...

Salvador, abstraído, asintió con la cabeza á la pregunta de Covarrubias, pero atendiendo más al curso de sus propios pensamientos, agregó:

—Yo acepto tu contrato, desde luego, y hoy con mayor motivo, verás por qué: porque he reflexionado en que es esta conyuntura excepcional para poner en práctica lo que predico... Sí, la idea me ha venido ahora mismo, y la encuentro de perlas... Me lanzo á la construcción del arca que, según yo lo entiendo, ha de salvarnos de los efectos de la inundación, quiero decir, que me lanzo, no á la construcción total, que ni tan presuntuoso soy ni la empresa es de uno solo, pero sí á clavar la cuaderna que me corresponde... Luego vendrás tú, vendrán los otros, vendrán todos, y cada cual clavará la suya, inteligentemente, de buena voluntad; y el casco irá creciendo, y podrá navegar y resistir, no digamos inundaciones traicioneras, ¡hasta tempestades, Julián, las más deshechas borrascas!... Verás, verás, ahora verás lo que he pensado...

Pidió cigarrillos á Carolina, que se entró á sacarlos de

la vivienda, y mientras los cigarrillos vinieron y fueron encendidos, Salvador permaneció con la vista clavada en las estrellas, sonriendo á la idea bienvenida...

—¿Qué es lo que solicita ese «Out... demonios?»... Sencillamente, que un pintor mexicano le envíe una galería de tipos nacionales, lo más característico, lo que nos presta sello individual, lo que nos define é impide que se nos confunda con ningún otro pueblo de la tierra ¿no es eso?... ¿Móviles suyos?... ¡Nada, saciar la curiosidad voraz de que se hallan atacados los buenos de los yanquis por leer y mirar á bajo precio los tipos y sucesos de las nacionalidades que los interesan, así las supongan y proclamen inferiores á la suya propia! Si á tal manía agregas y sumas los intereses especialísimos que por México nutren, comprenderás que un periódico pague tan liberalmente, al parecer,—que para negocios se pierden de vista,—una colección de figuras que por modo gráfico les patenticen lo que somos, ¿verdad?... Pues he aquí que el pintor elegido para consumir la tarea exhibicionista, yo, Juliancillo, yo, aunque también doblegado por los síntomas de la «conquista pacífica»—*compra*, la denominaría más propiamente,—aunque doblegado y habiendo menester para vivir de algunas gotas de esa su lluvia de oro, no quiero que despertemos compasiones ni ascos á mercader alguno, ¡que no quiero!..., «de mi rey, solo yo», reza el proverbio y reza perfectísimamente, y doy con una salida que todo lo concilia: de mi paleta brotarán los tipos nacionales, ¡para eso me pagan!, pero brotarán los que no nos afrentan, y que por su miseria material y moral á trogloditas ó á aduar africano nos equiparan, ¿no te parece?... Que esos tales se queden vivos y ante nuestros ojos, á fin de que no se nos olviden, como diríase que se nos han olvidado, á pesar de que nos atajan y estorban el adelantar y el en-

eumbrarnos. ¡No seré yo quien saque á la luz nuestros defectos y dolencias! ¿Acaso nada poseemos que admiración merezca y aun aplauso? ¡Quédense junto á nosotros los infelices que no hemos sabido ó no hemos querido levantar hasta la altura nuestra, que, diminuta y todo, es gigantesca si á la bajeza suya comparámosla!... ¡Quédense con nosotros los analfabetas, los criminales, las mancebías y los piojos, los chiquillos tuberculosos y los padres alcohólicos, los reñidores y los *ralas*, los obreros viciosos y los jornaleros medio imbéciles, las pestilenciales casas de vecindad y las cárceles pululantes; todas las llagas sociales que hemos dejado que se agusanen, limitándonos, si acaso, á taparnos las narices y á volver el rostro!... ¡Ojalá y el mal se agrave más todavía, y la gusanera se nos encarama, y los piojos nos devoren, y por egoísmo al menos nos veamos obligados á sanear, á limpiar, á ventilar!... ¡Quédese todo eso para nosotros, cual bajo las ropas y para que sólo el médico las examine y cauterice, se quedan las úlceras de los enfermos! Que los extraños vean las partes sanas, que también poseemos al igual que todos, ¡qué diantres!... pues si es cierto que no andamos muy abundantes en salud, ¿qué cuerpo social puede vanagloriarse de nunca haber padecido roña y de no estar expuesto á que cualquier vientecillo se le cuele y me lo deje seco?... Y como los remedios, de nosotros mismos han de venirnos y no de fuera, daré suelta á tipos sanos; no quiero que nos ocurra lo que á España, á la que el primer pintamonas, con figurar un muñeco de calañés, manta cordobesa, navaja al cinto y castañuelas en las manos, cree que ya la representó y se queda tan campanitel!... ¡No!... ¿Quiéren mexicanos? Mexicanos tendrán: el traje de cuero y sombrero jarano y galoneado; el apasionado de la mujer, del caballo y de las armas; el celoso

de su independencia, de su libertad y señorío; el defensor de la tierra que habita; el matador de invasores, á los que pasma por su estoicismo frente á la muerte; el que sólo de los suyos consiente yugos y desmanes; el que no puede contener á su *retinto* que huye despavorido montes arriba, asustado de la locomotora, jinete y bruto pugnando por entender el prodigio ambulante que se adueña de las planicies, alturas y precipicios en que ellos eran los amos únicos... Pintaré al mexicano trabajador y sobrio, aunque muy pocos sean, con que uno exista me basta; al que labora en ese mismo ferrocarril; al barretero que desde la Conquista extrae los metales preciosos de las ocultas matrices fecundas de las rocas de nuestros Andes; al cultivador ignorante y sencillo de nuestros campos feraces, y si aun en estos, equivocándome yo, máculas se advirtiesen con mis pinceles, se las he de borrar, Julián, ¡te lo prometo!, ya que sólo con mis pinceles puedo borrarlas...

Como lo prometió, lo hizo.

Su galería de tipos nacionales comenzó á trashumar periódicamente; á mostrarse del otro lado de la frontera, según lo había ofrecido; un tantico idealizados, mentirosos algunos... Mas lo que le decía á Carolina, muy preocupada de los compatriotas viajeros:

—Estos que se marcharán mañana, no son precisamente cual yo los despacho; pero consuélate, hija mía, así debieran de ser, y así serán... alguna vez.

Lo que por lo pronto le resultaron todos, fué agradecidísimos. A semejanza de los emigrantes sentimentales que no se olvidan de los parientes y amigos dejados en el rincón adorado de las patrias viejas, cuando á ellos en las patrias nuevas y adoptivas la fortuna les sopla y el bienestar los arrulla, y en los primeros tiempos de la

acomodación en las playas lejanas y en los soles pródigos envían los ahorros de la labor ingrata amasados entre lágrimas, saudades y nostalgias, y les envían después, ya en la abundancia y en la palingenesia, las gruesas sumas curatrices y libertadoras de penas, las sumas que iluminan con sonrisas de agradecimiento las caras rugosas de los padres encanecidos sobre el surco y el arado, las sumas que dotan á la hermana doncella y hacendosa de la casuca prendida en las escarpaduras montañosas, para que honradamente se ayunte con el novio, así los mexicanos pintados por Salvador enviábanle á cada correo el dinero ganado en tierra extraña, saciando curiosidades y despertando codicias. Indudablemente que mucho gustarían, pues la empresa del «Outlook» aumentó salarios, pidió más, un nuevo contrato en el que pactóse que Salvador, amén de las portadas, habría de remitir trabajos mayores, un pliego entero que se pagaría á cincuenta dólares.

—¡Vengan escenas, cuadros completos!—pedíanle.

Y Salvador se los mandaba, de verdadero mérito, estimulado por las utilidades, y en el fondo ufano de que sus compatriotas, mejorados con su paleta y su cariño, tan buen papel hiciesen y tanto los aplaudieran por aquellos centros populosos y cultos.

En la vivienda del artista todo era transformación y alegría. Los días que se cambiaban los giros postales con un ciento por ciento de ventaja, en fiestas transmutábanse; se invitaba á cenar á Covarrubias y al galeno; llegaba el boato hasta permitirse su docena de «Toluca Extra», y se bordaban planes, arreglábase el mundo, se perfeccionaba á México. Salvador encomiaba á Carolina, declarábala ahora única de aquel bienestar que lentamente tornaba á alegrar al pintor, á tolerarle que volviera á soñar con sus telas inconclusas, con su lienzo de toda la vida: el gran

cuadro en que, palpitante, el Alma Nacional demandaría socorro...

Sin fingidos pudores ni modestias falsas, Carolina repenía cosas y sucesos en el sitio que á juicio suyo correspondía, radiante de que Salvador bautizara ya á su cuadro con el dulce nombre de «Alma Nacional»; radiante de ir alcanzando calladamente y explotando á favor de su causa los acaecimientos, los parciales triunfos que alcanzaba en espera incansable de alcanzar el definitivo y último. Ella no era tal autora del bienestar que paso á paso tornaba, era una de las más beneficiadas; pero el autor, y Salvador harto que se lo sabía aunque resistiese proclamarlo cual ella proclamábalo á voces en todo tiempo y lugar, de rodillas en acción de gracias, ¡el autor era Dios!...

Si á mitad de las cenas daba Carolina esta respuesta, Covarrubias y el médico la reforzaban con la actitud y con sus dichos; y Salvador callaba, poníase meditabundo unos instantes, sin protestar contra la invocación tan á menudo empleada por la esposa, sino reconcentrando su pensamiento, que fluctuaba. Si á solas marido y mujer la escena repetíase, á maravilla aprovechaba Carolina tan significativos silencios. Conociase, sin embargo, que Salvador reaccionaba á poco de pasado el conflicto mental, y que se asía á las doctrinas negadoras, á la duda que le había roído y desmenuzado—jarrojándolas á quién sabe qué abismos y simas!—sus creencias de antaño. Porque, luego de salir de esa especie de recogimiento, del soliloquio mudo, en el que vaya usted á saber lo que se diría y argumentara, torcía los rumbos de la charla sin aludir á lo que adrede simulaba que le interesaba apenas, y con cierto aire de superioridad hablaba de asuntos que ni remotamente los llevasen al atascadero. Sí, se había obtenido una ventaja, que Salvador no se burlara ya, ni combatiera, á los que creían.

F. GAMBOA

Ni una sílaba oponía, y, á lo sumo, cuando por directo modo interpelábanlo ó de entrarse trataban en su silencio, clavaba él la vista en la ceniza de su cigarrillo y encogíase de hombros, igual que enfermo desahuciado ó que un sano que asistiera á enfermos. ¿En cuál de los dos sentidos encogeríalos?... Tal incertidumbre acongojaba á Carolina, acongojaba más al mismísimo Salvador, que no atinaba á libertarse de ella, ora inclinándose á un extremo, ora al opuesto. Lo que es mansedumbre, sobrábale; serio y en calma dejaba que Carolina reputara milagro, por ejemplo, cuanto de bueno les ocurría á partir de su propio encuentro y del matrimonio que le había seguido:

—A ver ¿no era todo milagro, y milagro patente?...

En ocasiones, Covarrubias terciaba, hasta pretendía dárseles de hombre de ciencia, apelando á argumentos trascendentales:

—¿Es ó no milagro nuestra vida misma, la que, á pesar de riesgos y peligros internos, externos y circundantes, persiste en su funcionamiento portentoso?...

Salvador echaba mano á su enigmático recurso de alzarse de hombros, y al caballete se llegaba á seguir embellaciendo y despachando mexicanos al otro lado de la frontera. Así sería.

Mas por sus adentros las cosas caminaban diversamente, librándose en su cerebro frecuentes y recias peleas. Algo íntimo exhortábalo, en efecto, á cuando menos reconocer una serie de casualidades y coincidencias en su favor ordenadas; á muchas les hallaba naturales y lógicas explicaciones, ¡pero á dos ó tres, no! Con ganas de salir de aquel limbo incoloro á que desde la escuela habíanlo desterrado, en el cual sólo al pronto y por corto tiempo instalóse á gusto, ponía de su parte voluntad y esfuerzos por tornar á las creencias desertadas, en las que, evocando sus

RECONQUISTA

recuerdos, hacía memoria de haber hallado consuelo para vicisitudes y enojos. Y con tanto ahinco dábase á esta reconstrucción mental, que antojábasele empresa fácil y de poco momento ir y guarecer sus dolores, sus desengaños, su gratitud de hoy, al templo que casi de bulto se perfilaba dentro de su cabeza soñadora. Interrumpía su labor, estupefacto del portento que proponíase publicar á grandes voces de fe y enmienda; y de súbito unas ocasiones, lentamente otras, despiadada siempre, la duda se aparecía y minaba, minaba el templo erigido á costa de tantos afanes, ó de una dentellada echábase lo abajo, al modo de las criaturas que de un soplo derrumban sus castillos de naipes. Cerraba Salvador los ojos frente á la demolición instantánea, y vuelta á construir, á remover escombros, á mejor plantar los cimientos; lo que lo convencía de que ni la duda era suficientemente fuerte para de una buena vez arrasar el terreno y cubrirlo de sal que estorbaba hasta el nacer de la más diminuta brizna de redención y de confianza, ni la fe ¡ay! que por resurgir esforzábale, á cuyo resurgimiento ayudaba él, era viable... Triste de aclarar que en su actual estado de ánimo no podía ser creyente á las derechas ni incrédulo de una sola pieza, dejaba al tiempo la solución del conflicto, afanándose, eso sí, por perfeccionar su individuo y no regresar á las andadas con los amigos y «hermanos» de borracheras y demás vicios. No rompía con ellos ni á nadie predicaba que lo imitase; él seguía su ruta, ya gustaba del ahorro y maldecía de las deudas, por lo que nos humillan; ya, á cierta hora, á su casa se recogía sin ceder á influjos ni tentaciones.

En esa quietud, precursora quizá de otras de mayor entidad, libertando muebles cautivos en empeños y montepios; adecentado su pergeño y el de Carolina; pagándose una fámula que sacudía la vivienda y auxiliaba en los

guisos; adherido al caballete, le cayó la noticia inesperada, la carta afictiva de Evangelina notificándole su viudez y el desamparo de sus tres retoños, allá en el rincón chiapaneco en que soterrada vivía desde su matrimonio. Todo un pliego manuscrito á las volandas, á raiz del suceso, sin concierto ni orden, atropelladamente pomenorizando las fases del drama: la fiebre maligna de cuatro días de duración, ella carente de apoyo, sin recursos para enrostrársele á la desgracia que abatía. «...Acaba de pasar el entierro y estoy llorando con mis dos hijos mayores, y dándole el pecho al último... Me ofrecen por los muebles doscientos pesos, y ya acepté, porque con ellos me alcanza para el viaje... Pídele á Dios que nos acompañe en el camino, y hasta muy pronto que te abrazará tu desdichada hija...»

No tuvo Salvador que proponer á Carolina, concluida la lectura, lo que en el fondo proponíase llevar á cabo. Carolina se le anticipó:

—Mañana buscaremos casa, en cualquier rumbo, porque aquí es imposible que quepan... Y telegrafíale, telegrafíale hoy mismo que la aguardas, que se apresure, que nada le faltará á tu lado...

No obstante que Salvador iba habituándose á la altura moral de Carolina, este nuevo rasgo, esa naturalidad para compartir sus escaseces con la hija de otra mujer que él quiso—porque Carolina hallábase al cabo de que Salvador había querido, y mucho, á la pobre de Emilia,—lo deslumbró. ¿Sería posible, pues, domeñar á tal punto las propias pasiones, sujetarse á disciplina semejante y aceptar la existencia en cualquiera forma que se nos presente?... Como se sintiese pequeño y muy inferior junto á su esposa, tuvo un raptó explicable de exasperación y trató de irritarla:

—Por supuesto que le telegrafiaré ¡ya lo creo!... ¿Pero has pensado en que la venida de Evangelina nos significa volver á la miseria de que apenas salíamos? ¿Que tú, la primera, sufrirás privaciones, mayores tal vez de las que conmigo sufres ahora y de las que sufriste antes, de huérfana?... ¿Si no se avienen ella y tú? ¿Si sobre las privaciones te llueven disgustos, y me llueven á mí, que estaré en medio de dos cariños?...

Frunció el ceño Carolina con alguna de las preguntas, cual si sospechara de los móviles de su marido; mas luego sonrió, como sonreía siempre ante las debilidades ó asperezas de Salvador, y fué y le descolgó el sombrero, le tendió el bastón:

—Anda, márchate al telégrafo y pregúntale la fecha en que calcula llegar, para que vayamos á encontrarla...

Por los términos de la Colonia de Guerrero dieron con aceptable vivienda: cinco habitaciones, la cocina inclusive, y una azotehuela de mediano tamaño, donde solear la ropa lavada; pero dieron también al traste con los flacos ahorros de Carolina al comprar los muebles indispensables para la viuda y la pollada. Covarrubias contribuyó con una consola anciana y el doctor con un par de colchones de lana aséptica, que le vendían á él más baratos que al público. Así y todo, los mexicanos viajeros ya no produjeron lo bastante. Fué de balde que Salvador los ofreciera en mayor cantidad, que insinuara que lo que le pagaban no estaba en relación con el trabajo; los gringos no apetecían aumentos ni el artista podía salirse sin riesgo de los férreos eslabones del contrato.

En la flamante casa, con la penuria y el malestar asomaron los disgustos. Los primeros días, hasta los chicos guardaron compostura; la vista de Evangelina removió en Salvador fibras recónditas, adormecidas reminiscencias,

F. GAMBOA

mustios cariños deshojados, y la vista de los nietos le oreó la memoria y el espíritu, le revivió el recuerdo de Emilia.

¡Ah! las primeras confidencias tristes; la mutua narración melancólica que de sus existencias se hacían en el estudio á medio instalar, sentados tras los vidrios del balcón; Carolina, con alguna labor entre sus manos, Evangelina, amamantando á su niña última que pronto ajustaría el año, y Salvador al lado de ambas, ora mirando á su hija y á su nieta que con glotonería chupaba vida del flácido seno de la viuda y sin importarle que á su alrededor removieran penas tantísimas, ora mirando á Carolina, que, aunque experta en el arte del sufrir, cada vez que en la doliente plática terciaba, era para confortar á Evangelina que lloraba inconsolable mientras les contaba su drama, la enfermedad y fallecimiento del marido, la soledad y el desamparo del lugar que por varios años habitaron sin nunca en él aquerenciarse... Los otros muchachos, dos demonios mal trajeados, correteaban por las piezas y por la azotehuela en son de conquista y exterminio. Cuando la pequeña, harta, soltaba el pecho, dormíase en el regazo de Evangelina ó se ponía á determinar los rostros de esas dos personas que no conocía, levantando al aire sus piececitos descalzos, regordetes y sonrosados, á guisa de enseñas que vitorearan con sus movimientos caprichosos el perpetuo triunfo de la vida y de la carne... Y las confidencias manaban tristes, tristes, tristes, empapadas en la tristeza irremediable que va como escoltando á la carne y á la vida.

En honra á la verdad, la que más hacia el gasto era Evangelina, quien, al modo de los parientes que nos vuelven de las grandes ausencias y de las grandes distancias cargados de regalos y obsequios que sacan y sacan de baúles

RECONQUISTA

y valijas conforme los abren, así ella sacaba y sacaba de su memoria y de su ánimo los padecimientos acumulados allá, en el odioso rincón salvaje que le había truncado su dicha.

Ensombrecíase Salvador con el relato de su hija, al que sumaba mentalmente el calvario suyo y el de Carolina; el de los miles y miles que atravesarían por otros análogos ó peores ¡todos los calvarios de todos los crucificados de este mundo! Y una inmensa protesta subíale á los labios, una iracundia contra la vida que no ha de mejorarse nunca, que nunca ha de aliviar á los millones y millones de seres que de alivio han menester. Separábase de las dos mujeres, que, para atender á los quehaceres domésticos se levantaban luego de anochecido, y se quedaba solo en el cuarto—que parecía aspirar las postrimeras vibraciones del crepúsculo—con una porción de rencores que se le amotinaban en la garganta. ¿Por qué vivir? ¿Para qué nacer? ¿Por qué no ahogar la simiente humana, á fin de impedir que siga reproduciendo este fruto predestinado al sufrimiento y á las lágrimas?... Si la vida es como es, cruel y sin objeto apreciable, ¡mejor vivirla cual nos plazca, sin sacrificios ni virtud, sin reagrararla con torturas nuevas, sin dar oídos á la conciencia que censura y concluye de amargárnosla! ¡Mejor vivirla animalmente!... Y la duda que lo atenaceaba erguíase furiosa, lo compelia á blasfemar en el pensamiento, á rebelarse contra la reconquista de su alma extraviada y á cobrar ojeriza á la misma Carolina, que con su piadosa conformidad humillábalo... La cobardía hincábale el diente, le aconsejaba verdaderas enormidades: marcharse por ahí, él solo, en busca de su propio sustento y sin curarse de los débiles que dejaría desamparados, como las bestias que después de fecundar á la hembra se le apartan y en pos de otra corren, palpitan-

F. GAMBOA

tes los ijares, lamiéndose las fauces abrasadas por el placer y la victoria...

Era que ya su trabajo no bastaba para hacer frente á los dispendios; otra vez hubo que empeñar muebles y objetos, pues los monises que del «Outlook» le remitían, en las económicas manos de Carolina derretíanse.

Una noche, al acostarse, por natural y humano movimiento, se lo reprochó á su esposa:

—¡Ya ves lo pronto que se me ha premiado por mi enmienda y principio de conversión!... ¿Dónde mora esa justicia con la que me aturdías y en la que tan firmemente crees?... ¿En dónde?...

No le replicó Carolina, pero Salvador siguió escuchando, en las tinieblas, un murmullo impreciso.

—¿No me respondes?... ¿Qué haces?...—le preguntó, incorporándose sobre las almohadas.

—¡Rezar por ti!

—¡Hija!—dijole él, echándolo á la broma,—si todavía no he muerto, guarda tus rezos para entonces...

—¡Porque renazcas rezo, Salvador, y renacerás, yo te juro que renacerás!

El murmullo persistió, en las tinieblas de la estancia, menos espesas, con tanto serlo, que las tinieblas internas del artista, en que su espíritu se debatía cautivo.

Y Salvador nada contestó, ¡al contrario! Muy poco á poco fué aproximándose, bajo las sábanas, á los labios que imploraban confiadamente que él renaciera.

RECONQUISTA

V

Fué Evangelina—que en achaques de fervor religioso allá se iba con Carolina—la que llegó con la inesperada noticia del reciente arribo de Magdalena á México, después de tanto año de ausencia. La intempestiva nueva cayó en medio de la comida y reanimó á Salvador, que todo se aguardaba menos eso; que para sus adentros suspiraba calladamente tiempo hacía por volver á ver á su hija predilecta. Y al oír que había vuelto, ocurrióle un fenómeno muy común: se tragó su júbilo, el vuelco que el corazón le dió dentro del pecho, y sólo permitió que asomara á la superficie un descontento artificial y un encono fingido.

—¡Vaya, hombre, veremos ahora si se acuerda de que tiene padre y se digna venir á saludarme!

Sacáronlo las otras del error en que á sabiendas incurria. ¿Como había de ir á verlo si era religiosa y vivía en convento? A ellos tocaba visitarla, que las madres no se opondrían, todas las familias de las reclusas lo hacen, y á diario si gustan.

Airado declaró Salvador que él no gustaba de buscarla á diario ni á otro plazo ninguno:

—Buenas son tales reglas, ¡qué atrocidad, Señor!... ¡Que venga ella, y si no que lo deje; ya se arrepentirá cuando yo muera!

Y como su mujer y su hija trataran de convencerlo de su yerro, abandonó la mesa de mal talante, y se encerró en el estudio, luego de afirmarles desde la puerta que no